

## *El Espíritu Cartesiano en las Técnicas de Investigación Social y Demográfica*

Por ROBERTO FABREGAT CÚNEO,  
Ex-Profesor de Cursos Magisteriales de Vacaciones en el Instituto de Enseñanza Normal de Montevideo. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

Entremos en materia, sin preámbulo. Un repaso a la técnica de procuración de datos en materia geográfica me llevó a la relectura del trabajo del Ing. Alfonso de Elvas<sup>1</sup> cuyos párrafos respectivos ofrezco a continuación:

- A) Observar con atención y escurpulosidad los hechos, consignarlos por escrito lo antes posible, en una hoja cualquiera de papel, tal como fueron vistos y mientras se está aún bajo la impresión recibida, sin obstáculo de que más adelante se revise lo anotado, fríamente.
- B) Si el objeto de observación es complicado empezar por descomponerlo en sus elementos con el pensamiento, estudiarlo en todas sus partes y bajo todas las fases que parezca ofrecer, sin perder nunca de vista las relaciones de esas fases con el conjunto.
- C) Buscar siempre el significado profundo y la explicación verdadera de los hechos aparentemente más sencillos y banales; empeñarse por determinar en todo las causas y los efectos.
- D) Constatar pura y simplemente los hechos, absteniéndose cuidadosamente de formular teorías o explicaciones aventuradas. Si no se sabe algo, decirlo; si se está en duda darlo a entender claramente.

¿No surgen de inmediato en la imaginación las celebérrimas reglas de ese libro que se tituló, en su ortografía original, *Discours de la Méthode. Por bien conduire sa raison & chercher la verité dans les sciences?* ¿No

<sup>1</sup> Ing. Alfonso de Elvas, "Sugestiones para la procura de datos destinados a cartografía y descripciones geográficas", *Boletín del Instituto de Estudios Superiores, Sección investigaciones Geográficas*, t. II, Nos. 5, 6, 7 y 8, Diciembre de 1942, Montevideo.

son estos los principios que Descartes legó a las ciencias naturales y su filosofía? Para comprobarlo, confrontemos, lisa y llanamente, los textos. Enuncian las cuatro normas del Discurso del Método:

La primera no aceptar jamás cosa alguna como cierta si no la conozco evidentemente como tal; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y no incluir en mis juicios más que lo que se presenta tan clara y distintamente a mi espíritu que no tenga ocasión alguna de ponerlo en duda.

La segunda, dividir cada dificultad en tantas partes como sea posible y sea necesario para mejor resolver.

Tercera, conducir en orden mis pensamiento, comenzando por los más simples y más fáciles de comprender, para ascender de a poco, como por gradas, al conocimiento de los más compuestos, admitiendo aún el orden de los que no proceden naturalmente unos de otros.

Última, hacer enumeraciones tan completas y resúmenes tan generales, que pueda asegurarme de no haber omitido nada.

Es palmaria la analogía entre ambos pasajes —compárese, por ejemplo la sugestión B) con la segunda regla de Descartes— no sólo en su carácter de fórmula viable para todos, sino en su interioridad; en lo que tienen de decisión pragmática de apoderarse de una verdad. Se creería estar ante dos lecciones dictadas por un mismo espíritu al cabo de trescientos años.

Si quisiéramos rastrear la presencia cartesiana en los métodos y reglas sociológicas, no terminaríamos nunca. Está en todas partes, *partout*. Le encontramos sin esfuerzo en las *Reglas del Método Sociológico*, en cuyo Libro II, Primer corolario, nos recuerda Emile Durkheim: “No hace falta una demostración especial de esta regla; ella resulta de lo que hemos dicho anteriormente. La duda metódica de Descartes no es el fondo más que una aplicación de ella; desde el momento en que va a fundar la ciencia, Descartes se impone la obligación de poner en duda todas las ideas que ha recibido anteriormente (...)”. Y en su realismo social, en su teoría del hecho social ¿no nos recuerda Durkheim la posición de Descartes ante la naturaleza, frente a cuyos problemas es preciso erigir una filosofía que sea una ciencia total? ¿No son ambos como dos hombres al ataque de un hecho total, apodíctico, evidente? Y la buena fe, —la pura, la inmensa *bonne foi*— que ambos profesaron a la experiencia, el método, los ordenamientos ¿no nos los vuelve a mostrar hermanados? Repásese en este sentido, el capítulo sexto y último del Discurso del Método, *Quelles choses son requises pour aller plus avant en la recherche de la nature*.

Más que la de un influjo directo o de un ascendiente imperativo, la presencia del espíritu cartesiano nos recuerda la de un ingrediente habitual de nues-

tra alimentación. Es como la sal en las comidas cotidianas: no la advertimos hasta el día que falta. Tal es la reflexión que muchas veces me he hecho tras la lectura de trabajos sociológicos, especialmente los referentes a técnicas de investigación, encuestas, etc. Aunque no en forma tan cercana como la que ofrece el ejemplo citado al comienzo de estas líneas, y aunque ni siquiera se le nombre, el inmortal Cartesio queda evocado a cada párrafo. La sola presentación del material de trabajo —fichas, cédulas, cuestionarios, guías para interrogar, mapas, etc. nos habla de cómo y con cuánto cuidado se ha tenido en cuenta el principio de “dividir cada dificultad en tantas partes como sea posible”. En cuanto al espíritu de colaboración que es necesario en estos casos para alcanzar la tan anhelada “verdad de los hechos” nos remitimos nuevamente a la parte sexta del Discurso del Método; a su final, casi dramático.

Un claro ejemplo de lo que acabo de decir se hallará en los trabajos de la doctora Pauline V. Young respecto a técnicas de investigación social, métodos de encuesta para medios urbanos y rurales, etc. que vieron la luz en esta misma Revista, tomos IX, X y XI. Creo innecesaria la cita *in extenso*, ya que se trata de un material fácilmente accesible a todos los lectores. El espíritu cartesiano proyecta —passim— su prudente luz en todo este trabajo, como en todos aquellos que se dirigen frontalmente a los problemas del método de investigar comunidades, barrios, centros, talleres o núcleos educacionales.

Es en vano que la crítica más moderna nos diga que el mecanismo cartesiano se ha derrumbado; que el pretendido criterio de evidencia llevó simplemente a Descartes al punto previamente establecido; que su código no difiere gran cosa del método analítico conocido y practicado en geometría desde los tiempos de Platón. También se ha recordado que el propio Aristóteles, en su *Física*, se anticipó en largos siglos al método experimental. Y en fin, no ha dejado de aseverarse que la regla cartesiana es la común a todos los hombres; que su criterio es el “corriente y moliente” en toda faena de investigación. (¡Cuánto habría que anotar aquí! Desde el propio Aristóteles que nos señala al respecto “Cuando discurren sobre los fenómenos suelen expresar cosas que no está de acuerdo con los datos de la experiencia. La causa es que no eligen debidamente los primeros principios, y por la predilección que sienten hacia los principios arbitrariamente sustentados por ellos, son como esas gentes que en las discusiones defienden tercamente sus posiciones, prescindiendo de todo lo que oyen”. De aquí hasta la frase mordaz e ingeniosa de Jacinto Benavente “el sentido común es el menos común de todos los sentidos” media un buen trecho de historia, y en el curso de ella hemos visto tantas veces la razón humana envilecida por horrores y absurdos de tal especie, que

no dudaríamos en levantar la regla cartesiana no ya como fundamento filosófico, sino como norma primaria de educación social).

Nadie pretendería hoy colocar la disciplina científica físico-matemática bajo la discreta perceptiva de Cartesio. Otra cosa es la actividad humana, los marcos móviles de la convivencia, en los cuales la encarnación de los métodos racionales en formas plásticas y presentáneas, se transforma en deber y necesidad, los cuales cumplimos y satisfacemos sin siquiera advertirlo, como ya quedó dicho, o que sólo advertimos cuando falta.<sup>2</sup>

Si el espíritu cartesiano ha podido rebrotar en el terreno que el autor menos soñara y en cuyo acervo y equipos no puede citársele siquiera a título de lejano precursor, es porque representa y personifica el Espíritu Occidental mismo. Tal es su grandeza, por encima de los límites históricos que le estrechaban. Recordemos los tiempos que corrían: Europa era una bola de miedos casuísticos y escolásticos, que amenazaban asfixiar los nacientes impulsos de la física y la astronomía. Galileo acababa de ser condenado: Giordano Bruno había sido quemado dieciséis años atrás. Es entonces que aparece el Espíritu Occidental *comme un homme qui marche seul et dans les ténèbres* para gritarnos su irrenunciable eureka: el método de evidencias y comprobaciones que guiará su razón; que aún nos guía y ampara en las técnicas y prácticas de la investigación social. Admiraremos a quien asumió la responsabilidad de ejemplo viviente.

<sup>2</sup> Es curioso que sea en este aspecto donde más censuras se hayan acumulado. Así el Dr. J. Rey Pastor, en su conferencia "Descartes y la Filosofía Natural" expresa: "Esta exigencia exhaustiva, factible en Matemáticas puras, es irrealizable en las ciencias de la naturaleza, exceptuando algunos casos triviales", al referirse a la cuarta regla del método. Pero descubrimientos como el de los gases raros de la atmósfera, de la ergotina y la penicilina, logrados merced a una admirable paciencia en la enumeración de factores y a una irrevocable decisión de no omitir nada ¿no demuestran precisamente lo contrario?